

La imagen olvidada. El exilio político cubano (1927-1958)

Ana Suárez

A las puertas de la próxima centuria, pocos estudios rigurosos se han publicado acerca del movimiento migratorio de la Isla hacia Estados Unidos.

Si se toma en cuenta que la presencia ininterrumpida de cubanos en aquel país —destino por excelencia de estas migraciones en todos los tiempos— se muestra organizada ya en comunidades propias desde el siglo XIX, llama la atención el poco tratamiento orgánico que ha recibido el estudio de esta experiencia, por oposición a la de otros grupos inmigrantes radicados en ese territorio en igual época.¹

En los pocos textos tempranos disponibles predominan relatos testimoniales y concentraciones temáticas, regionales y epocales, evidentemente determinados por la escasa información existente y accesible. Ello ha dado por resultado un universo bastante pobre de una realidad altamente compleja, de la que, por momentos, suelen desaparecer sus límites precisos.

Por otra parte, el intento por contextualizar el fenómeno, es decir, aproximarse desde la historia —obligado marco referencial para cualquier estudio particular—, ha sido un interés relativamente reciente en los Estados Unidos, relacionado al parecer, en alguna medida, con el paso de jóvenes descendientes de los más antiguos miembros de la comunidad cubana post-59 residente allí, de la categoría de *inmigrante* a la de *minoría étnica*.² Este tránsito, de fuerte contenido psicosocial para los individuos (y consecuentemente para las comunidades), se reporta como visible hacia la década de los años 70 del presente siglo, según revelan estudios sociológicos acerca de estos grupos. En tales casos, el nuevo sentido de pertenencia y la sustantivación histórica de su presencia en aquel contexto, parece que ganan espacio en la nueva historiografía cubano-americana.³

Sin embargo, las fuentes tradicionales (estadísticas, censos, registros, etc.) del país receptor aportan informaciones imprecisas sobre los cubanos llegados antes de 1959. La categoría «naturales de Cuba» se pierde inicialmente en cifras globales de inmigrantes de las Indias Occidentales (resúmenes de los censos federales), o registrada en otras categorías, aun en el siglo XX,⁴ que hace que hoy día, de los asentamientos originarios y tempranos, solo se pueda aspirar a estimados aproximados. Esta circunstancia le confiere un valor inestimable a otras fuentes: testimonios orales o escritos —cartas, diarios, relatos, oratoria, etc.—, literatura, prensa y otros, que generalmente dimanaban del exilio político y, en algunos casos, de otras modalidades de la actividad migratoria. Quizás en ello esté, en parte, la clave que explique la desatención de la historiografía —incluida la cubana— al conocimiento de esta comunidad extraterritorial, más allá de su participación activa en los movimientos anticolonialistas (guerras de independencia, 1868-1878 y 1895-1898), que permearon de sentimiento patriótico colectiva toda actividad cotidiana del grupo.

En un vacío casi absoluto, con mayores incógnitas aún, permanece hasta ahora la zona intermedia de esta experiencia, que ocupa, en lo fundamental, la primera mitad del siglo XX, una etapa, para la Isla, de «acomodos» a la nueva realidad republicana (1902-1959).

Los «lazos de singular intimidad» que estrenaron entonces Cuba y los Estados Unidos —injerencia política y control económico (Enmienda Platt y Tratado de Reciprocidad)—, de algún modo influyeron en la creación de un clima propicio para la aparente disolución del exilio político como tal, al favorecer con fuerza la inserción de sujetos y comunidades, al parecer con personalidad propia, en la dinámica social del país que había devenido metrópoli de nuevo tipo para la Isla.

En la etapa que nos proponemos reseñar (1927-1958), el exilio político se desarrolla en el contexto del llamado «“modelo para Cuba” del esquema general de dominación hemisférica de los Estados

Unidos»,⁵ que modifica su configuración —y hasta determina su existencia misma— según sean sus «reajustes» en el período de que se trate. Este exilio surge, de manera más directa, como resultado de la oposición política activa de múltiples sectores de la sociedad cubana, ante el *status* de subordinación —devenido neocolonial—, que impedía el desarrollo independiente de la nación bajo los ideales demoliberales con que, supuestamente, había surgido, después de más de treinta años de luchas independentistas. Puede ser definido en tres etapas: 1927-1933; 1933-1938 y 1956-1958.

Las comunidades anticolonialistas y el exilio histórico

El origen de las comunidades cubanas en los Estados Unidos se vincula a la apertura, en Cayo Hueso, del taller de tabaco torcido de Vicente Martínez Ybor, en 1869. Este hecho, coincidente con el estallido de la primera guerra independentista en la Isla (1868-1878), fue una de las circunstancias que propiciaron un acelerado movimiento migratorio de cubanos hacia el Norte. En este proceso se entrelazaron los intereses económicos de una fuerza obrera proveniente de la industria tabacalera en Cuba, y los políticos de una oleada de refugiados de diversos sectores de la sociedad isleña. Además de en el Cayo, se asentaron en otras ciudades de fuerte industria tabacalera en la época, como Nueva York y Nueva Orleans.

Los cálculos estimados por los historiadores Gerald E. Poyo y Mariano Díaz-Miranda a partir del censo federal de 1870,⁶ permiten afirmar que en ese momento había 5 319 cubanos en los Estados Unidos. Cinco años más tarde (1875) —según referencias de líderes políticos en la emigración—, la cifra total había ascendido a 12 000 personas: unas 4 500 en Nueva York, 3 000 en Nueva Orleans, 2 000 en Cayo Hueso, y el resto en otras ciudades (Jacksonville, Savannah, Washington, Boston y Galveston).

A partir de 1886, en la ciudad de Tampa, Florida, surge otro centro importante de concentración de cubanos, también asociado a la industria tabacalera, lo que favoreció un nuevo flujo migratorio desde la Isla.

Poyo y Díaz-Miranda consideran muy probable que diez años después (1896) hubiera unos 36 000 cubanos solo en la Florida (20 000 en Tampa y 16 500 en Cayo Hueso). La tercera parte del total de cubanos en los Estados Unidos —cifra difícil de estimar— vivía en Nueva York.

Otra cuestión relevante en los estimados se relaciona con las llamadas migraciones de retorno. La primera oleada, observada hacia fines de la década de los 70, e inferida a partir del censo de 1880 por dichos autores, significó que «casi la mitad de la población emigrada había regresado a Cuba», fenómeno que se atribuye al fin de la contienda bélica en la Isla, así como al declinar de la industria tabacalera en los Estados Unidos. La segunda oleada ocurre hacia 1900, luego de concluida la última guerra independentista del XIX (1895-1898).

No se conoce mucho acerca de la dinámica interna de esas comunidades; pero los historiadores consideran que operaron sobre una compleja dicotomía exilio-inmigración en la que no se ha profundizado. Hay evidencia de que muchos serían definibles como «migrantes económicos», en el sentido de sujetos inestables, que se movían entre los centros tabacaleros estadounidenses.⁷

Hacia 1900, los grupos que permanecieron asentados en aquellas comunidades, esencialmente obreras, se insertan como inmigrantes, de manera definitiva, en la dinámica del contexto social y étnico en que se desempeñaban. Al mismo tiempo, se observa la supervivencia de la identificación con el país de origen —propio o de sus antecesores— por vía de la familia, de instituciones y asociaciones, hábitos, idioma y sentimientos patrióticos y de justicia social, sobre todo en asentamientos de la Florida.⁸ Estos centros fueron perdiendo progresivamente relevancia y organicidad, en la medida en que desaparecía la industria del tabaco torcido en favor de la industria mecanizada de cigarrillos, hacia las primeras décadas del siglo XX.

No obstante, de la información disponible —aun tratándose de estimados basados en fuentes poco precisas y de cierto empirismo—, resultan evidentes en el proceso inicial, más allá de su valor demográfico, las siguientes y tipificadoras características para este exilio:

- | El ordenamiento geográfico de estas comunidades originarias, mantenido en lo esencial en el siglo XX.
- | La modalidad cíclica de los crecimientos poblacionales, en forma de oleadas migratorias, y relacionadas con sucesos en la Isla.
- | Los decrecimientos masivos de las oleadas —también cíclicos, y atribuibles a cambios en Cuba.
- | El fuerte vínculo con los procesos sociopolíticos de la Isla.

Diversos factores influyeron en los cambios que experimentaron en lo adelante. El declinar económico de estas comunidades hacia principios del siglo XX, la frustración que significó la ocupación de la Isla por parte de los Estados Unidos (1898-1902) luego de tantos años de esfuerzo independentista, la insatisfacción de muchos de los que regresaron a Cuba por no sentir el reconocimiento social a que eran acreedores por su apoyo a las guerras anticoloniales, y el ascenso a primeros planos de otros intereses colectivos —como el mejoramiento social y económico en los Estados Unidos—, son elementos a tomar en cuenta en el cambio sustantivo que observan los estudiosos en estos núcleos, a partir de finales del siglo XIX.

Así transcurrieron los primeros veinticinco años republicanos, período en que se mantiene, en lo esencial, la estructura demogeográfica de fines del XIX. Y es sobre ella que se superpondrán las oleadas también cíclicas, del nuevo exilio político, en lo adelante «republicano».

La imagen menos visible del exilio político

A diferencia de cualquier etapa anterior o posterior, el exilio político cubano en los Estados Unidos durante el período que media entre 1928 y 1958 resulta ser la imagen menos visible de aquellas comunidades. El exilio deviene segmento *sui generis* —periférico, minoritario—, de existencia precaria e inestable, de aparición cíclica y existencia breve y de activa participación en los destinos políticos de la nación constituida. Según la etapa histórica, muestra modos peculiares de relacionarse, tanto con la comunidad propia como con el país anfitrión y el de origen.⁹

El exilio de estos años —en cuyo origen no se pueden desconocer, como causa directa y única, los procesos políticos de la Isla— revela diversos accesos:

- | El destierro impuesto por juicios políticos.
- | El alejamiento forzoso, sea por vía de evasión subrepticia y/o asilo político, ante el peligro inminente de afectación de la integridad física del sujeto (persecución política).
- | Autoexclusión y/o exilio voluntario.

En consecuencia, la condición de exilio opera —ahora con mayor nitidez— como *adquirida*, y por tanto *reversible*, diluida con el posible o efectivo regreso del sujeto al país de origen.

El exilio en la lucha contra Machado (1927-1933)

El primer exilio republicano surge asociado al gran movimiento de masas que entre 1922 y 1935 dio lugar al fortalecimiento de sectores como el estudiantil universitario, el profesional, el intelectual y el político, a la estructuración del movimiento obrero, y a la formación de múltiples organizaciones

progresistas y de izquierda, entre ellas las comunistas, con nuevos proyectos sociales e interpretaciones de la realidad republicana, opuestos a la hegemonía de los grupos de poder en la sociedad cubana.

Además de circunstancias internacionales y regionales generadas por la crisis del modelo de dominación en la época, las causas de este exilio se derivan de los efectos negativos que para la sociedad cubana de entonces (con una población que casi tocaba los cuatro millones de habitantes) provocaba el sistema neocolonial, que de manera creciente ponía en manos de los Estados Unidos las riquezas del país, un proceso más acelerado desde la instauración de la República.

Las expresiones contestatarias en estos sectores irrumpen de manera aguda en la vida pública nacional en el período que en Cuba se conoce como *década crítica* (años 20 del presente siglo), dominada por la «angustia de rumbos nuevos». Estas dieron lugar, en su inicio, a movimientos en el terreno de la crítica social e inquietudes cívico-patrióticas. En política, cobró auge el denominado «anti-injerencismo» —corriente que se oponía a la permanente y arbitraria intromisión de los Estados Unidos en la vida y gobierno del país—, y que posteriormente evolucionó, en sus expresiones más radicales, hacia el antimperialismo, que ya identificó el conflicto fundamental de la nación como el «problema cubano-yanqui». ¹⁰

Dentro del conjunto de fuerzas opositoras, asume un papel destacado en la vida pública nacional la Universidad de La Habana, único centro de altos estudios en Cuba, y por tanto, reservorio natural de inteligencias humanísticas. De este contexto, surgieron interpretaciones revolucionarias de los procesos sociales que tenían lugar en el país, localizaron sus orígenes en las relaciones económicas y el control extranjero de las riquezas nacionales y defendieron la teoría revolucionaria para la conquista del poder político.

La Universidad aportó ideólogos, líderes políticos y estudiantiles, profesionales, intelectuales, organizaciones, revistas, presos y exiliados; por lo que devino sede de un movimiento opositor en constante proceso de radicalización, y por tanto elemento desestabilizador para el gobernante Partido Liberal, en el poder desde 1925 —con Gerardo Machado en la presidencia— hasta 1933.

En 1925 fue expulsado de la Universidad de La Habana el más destacado de los líderes estudiantiles, Julio Antonio Mella, por sus actividades políticas y sus convicciones comunistas. ¹¹ Consciente del peligro que se cernía sobre su vida, salió de Cuba hacia Centroamérica en 1926, con lo que se inauguró un movimiento orgánico de exilio revolucionario en el siglo XX.

Entre 1927 y 1928, se fue formando un núcleo, establecido en Ciudad México, que se enriqueció con la incorporación progresiva de nuevos exiliados, fundamentalmente provenientes de Consejos Disciplinarios universitarios. ¹²

Los que tomaron el camino del exilio, se nuclearon en México en torno a Julio A. Mella, y fundaron la primera organización de exiliados del siglo XX, la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC, mayo, 1928), ¹³ y su órgano de prensa, *Cuba Libre*.

Desde su propia denominación, la nueva ANERC se vinculaba con la tradición emancipadora: una anterior Asociación Nacional de Emigrados Revolucionarios Cubanos que, fundada en La Habana años antes, agrupó a antiguos miembros de la comunidad patriótica y anticolonialista asentada en Cayo Hueso y Tampa en el siglo XIX, ya entonces de regreso en Cuba. ¹⁴

La nueva organización tuvo secciones en lugares de concentración de estudiantes cubanos de la época: Madrid; París, bajo la Secretaría General de José Chelala Aguilera; Bogotá, dirigida por Jorge A. Vivó; y Nueva York, a cargo de Gabriel Barceló; todos militantes comunistas también encausados en los referidos «procesos disciplinarios».

Desde la ANERC —que se propuso programáticamente trabajar para «unificar al pueblo cubano a una acción inmediata por la restauración de la democracia»—, se intensificó la actividad política contra Machado desde México, en mítines, manifiestos y denuncias del caso cubano en foros continentales e internacionales. ¹⁵

El exilio favoreció tanto la libertad de acción de estos hombres, como la concertación de fuertes vínculos con otros partidos y asociaciones nacionales y regionales, entre estos, el Partido Comunista Mexicano, la Liga Antimperialista de las Américas, el Buró del Caribe —entidad de la Internacional Comunista para el trabajo con los partidos comunistas de América Latina y el Caribe— y el Partido Comunista de los Estados Unidos. Estos dos últimos, con sede en Nueva York, apoyaron desde entonces el trabajo político de los exiliados cubanos en esa ciudad, ofreciéndoles sus publicaciones como medio de propaganda, así como el patrocinio de actividades públicas. Fueron además facilitadores del movimiento clandestino de dirigentes políticos por su territorio, en viajes desde o hacia Cuba, incluidos traslados a la entonces naciente Unión Soviética.¹⁶

La muerte de Mella en México, en 1929, demostró que aquel no era un lugar seguro para los exiliados cubanos. Aunque esta no haya sido la única causa directa, lo cierto es que después de este suceso, el centro de actividad fundamental del exilio se polariza hacia los Estados Unidos.

Por su parte, la Sección neoyorquina de la ANERC, fundada en 1928, comenzó la edición de un órgano propio, *Liberación*, en cuyas páginas colaboraron Gabriel Barceló, Eduardo Chibás y Rubén Martínez Villena. Algún tiempo más tarde los exiliados de esta ciudad fundan el Club cubano «Julio Antonio Mella».

Hacia 1930, y en correspondencia con la diversificación del panorama político nacional, comienzan a aparecer nuevos sectores en el exilio. Como resultado de contradicciones internas —entre otras, referidas al fenómeno injerencista— se opera una escisión en el seno del Partido Liberal, y representantes de su segmento radical, devenido opositor, también buscan refugio en los Estados Unidos, con lo que se convierte en un nuevo grupo de exilio político. Allí crean organizaciones en conformidad con su tendencia política, como la Liga Patriótica Cubana (1931), cuyos miembros se mueven entre las ciudades de Miami y Tampa, Nueva York y Washington, generalmente asociados a esferas oficiales y académicas.¹⁷

Por otra parte, el conflicto originado por el choque entre estudiantes universitarios y la policía machadista el 30 de septiembre de 1930, en La Habana, dio lugar a un proceso judicial que encarceló a buen número de estudiantes y a profesores de reconocida oposición a los procesos disciplinarios de 1927 y 1928. Muchos también partieron al exilio, como Ramón Grau San Martín, posteriormente fundador del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), de tendencia reformista, y Juan Marinello Vidaurreta, más tarde presidente del Partido Unión Revolucionaria (1938). Los estudiantes excarcelados en 1932 también salen al exilio, fundamentalmente a Nueva York, hasta la caída de Machado, en agosto de 1933, cuando regresan a Cuba.

Los divergentes criterios en torno a la estrategia de la lucha revolucionaria surgidos por esta época, fueron otro factor de escisión. Dentro del movimiento estudiantil, además del Directorio Estudiantil Universitario (DEU), se constituyó en 1931 la organización Ala Izquierda Estudiantil (AIE), en la cual quedaron agrupados otros futuros dirigentes del exilio.¹⁸

Esta diversificación de las fuerzas políticas en Cuba determinó, y modeló, el panorama igualmente heterogéneo que evidencia su exilio en lo adelante, que en la práctica trasladaba los conflictos y estrategias nacionales a escenarios extranjeros.

Es por ello que esta primera etapa —integrada por estudiantes, antiguos generales de la Guerra de Independencia, exfuncionarios del gobierno machadista, profesionales, intelectuales, artistas, etc., quienes en su mayoría huyen de diversas modalidades de persecución política— si bien muestra un objetivo común e inmediato, compartido por todos los sectores —derrocar a Machado— reúne diferentes criterios en cuestión de estrategia: unos gestionan el apoyo «tutelar» del gobierno de los Estados Unidos, divididos entre los partidarios de una gestión «mediacionista», y los defensores de una política de autodeterminación, antinjerencista. Al considerar como causa de la crisis nacional el sistema de subordinación económica y política del país respecto a los Estados Unidos, un tercer sector se

propone subvertir el orden establecido de manera radical, y para ello busca apoyo entre sectores populares, liberales y de izquierda norteamericanos, así como de las minorías latinas.

Estos exiliados irán nucleando en torno al programa e ideología de sus organizaciones respectivas, a simpatizantes de la colonia cubana y a otros hispanos residentes en sus respectivas sedes. En el caso de Nueva York, también a otros revolucionarios latinoamericanos exiliados.¹⁹

Todos utilizan, con mayor o menor fortuna, formas políticas de acción; se vinculan a la prensa local, a sectores y organizaciones ideológicamente afines, y mantienen fuertes vínculos con sus grupos de procedencia en la Isla.

En años anteriores a 1933 este exilio tuvo poca acogida en los medios de difusión norteamericanos. Una carta de junio de 1933 del destacado periodista y caricaturista cubano Conrado W. Massaguer —entonces exiliado político activo en Nueva York—, revela que pese a sus intentos, desde octubre de 1931, para que la prensa se interesara por la situación cubana, esta «apenas nos dedicaba espacio alguno». Señala además que no fue hasta fines de 1932, a partir de la elección presidencial de Franklin D. Roosevelt, en noviembre de ese año, que la prensa, «en cambio [...] lo mismo la ilustrada que la diaria, nos dedica páginas y más páginas...».²⁰

Fue entonces que el exilio cubano se hizo visible en los Estados Unidos. El *Herald Tribune* se convirtió en vocero oficial de la Junta Revolucionaria de Nueva York mientras esta existió.²¹

Algunos pensaron que el cambio obedecía a que los Estados Unidos se habían convencido de que la rebeldía cubana contra Machado era algo más que otra de las revoluciones latinoamericanas para sustituir a un cacique por otro. Otros razonaban que, a la luz de la nueva política rooseveltiana para América Latina, «un *buen vecino* no puede tolerar que en la casita de al lado se estén despedazando los cubanos a dentelladas [...] Aunque no sea por otra razón que la de ser perturbado en su mesa y en su sueño».²²

De cualquier modo, este exilio surge a la luz pública en momentos en que el tema cubano reaparece en la agenda de la política exterior estadounidense y, en este caso, como antesala del *reajuste* del diseño hegemónico para Cuba que vendría pocos meses después: la mediación, de Summer Welles.

Las principales formas de lucha política empleadas fueron proclamas, manifiestos, denuncias públicas, trabajos periodísticos, etc., aunque también existen testimonios de actividades conspirativas.²³

Miami y Nueva York —cualitativamente diferentes entre sí— figuran como los dos centros de mayor actividad para este exilio, por el volumen de organizaciones que reportan actividades en ambas ciudades. En Tampa existía la Liga Patriótica Cubana, fundada en 1931; en Miami, la Asociación de Exiliados Revolucionarios Cubanos «Rafael Trejo» y la Junta Antimachadista, fundadas en 1932; la Unión Libertadora Revolucionaria de Cuba, la Junta Cubana de Oposición, el Conjunto Revolucionario Cubano y el Club «Floro Pérez», establecidos en 1933. En Nueva York, la sección americana de la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (1928), la Unión Cívica de Exiliados Cubanos (1930), el Club Cubano «Julio Antonio Mella» (c.1931), el Comité Pro Presos Políticos (1932) y la Junta Revolucionaria Cubana (1933).

Con la caída de Machado, en 1933, la mayoría de los exiliados regresan y se insertan en la dinámica de las transformaciones político-sociales del país, que en materia de modificación del «diseño de hegemonía para Cuba» incluiría, entre otros cambios, la derogación de la Enmienda Platt en 1934 y reajustes en la política económica y social.

Pero la tregua será breve; apenas diecinueve meses después quedará formalizado un nuevo exilio sobre los restos del anterior: aquellos que siguieron considerando incierto el futuro de Cuba, aun con la ausencia de Gerardo Machado.

Exilio y revolución en Cuba (1933-1936)

Entre agosto de 1933 y marzo de 1935, la situación política del país pasa por cuatro presidentes sucesivos, un gobierno colegiado de cinco miembros y tres golpes de Estado.

Entre las fuerzas y sectores opositores en el exilio que habían regresado al país, la de mayor notoriedad en su re inserción en la vida nacional fue el Directorio Estudiantil Universitario, que pocos meses antes, en junio de 1933, en Miami, se había pronunciado enérgicamente contra la Mediación y retirado de la Junta Revolucionaria Cubana de Nueva York, lo que propició su desintegración.²⁴

En consecuencia, el DEU se convertía, por fuerza, en opositor también del gobierno mediacionista (Welles-Céspedes), instalado en el poder tras la caída de Machado, en virtud de un primer golpe de Estado, hegemonizado por grupos opositores derechistas de dentro y fuera de Cuba.

Al exilio pasaron, en este momento, los depuestos funcionarios del régimen machadista y de otras fuerzas y partidos de tradicional aceptación de la política injerencista. Desde el extranjero, desplegaron esfuerzos, concertaron pactos y alianzas y ejercieron influencias sobre sectores nacionales de igual tendencia, lo que favoreció, pocos meses después, la sustitución del gobierno de Grau, nunca reconocido por los Estados Unidos, por el de Carlos Mendieta, cuyo hombre fuerte era el coronel Fulgencio Batista, jefe del ejército, por la vía de otro golpe de Estado, el 15 de enero de 1934.²⁵

Con la derrota del Gobierno de los Cien Días, las fuerzas progresistas y de izquierda desplazadas del poder inician un proceso de reordenamiento, intentos de concertación de alianzas y planes de levantamientos populares destinados a propiciar la toma del poder político perdido.²⁶

En medio de este proceso, la Universidad de La Habana, mediante un Comité de Huelga Universitario integrado al efecto, convoca a la celebración de una huelga general de todos los sectores, para marzo de 1935. La huelga concluyó en un rotundo fracaso, y casi de inmediato comenzó la emigración progresiva, primero, de los participantes más comprometidos en los sucesos y, después, de otros miembros de las organizaciones y partidos políticos involucrados en los hechos, ante el terror represivo que se desató. La historiografía cubana ha señalado el «progresivo debilitamiento» de las actividades estudiantiles masivas como «característica fundamental de la etapa 1935-37»,²⁷ pero en el exilio, por el contrario, se observa la reaparición de nuevos grupos que comienzan a integrarse en tres centros fundamentales ya habituales: Ciudad México, Miami-Tampa y Nueva York.

A diferencia de la etapa anterior, en que las asociaciones eran predominantemente de carácter espontáneo, sin tomar muy en cuenta los perfiles ideológicos, y con arreglo a un objetivo, de carácter inmediato —por ejemplo, derrocar a Machado o tomar el poder—, este nuevo exilio muestra una configuración semejante a la del movimiento de izquierda en Cuba, ahora con proyectos programáticos propios y diversos. Aparece estructurado por «grupos y/o representantes en el exilio» de partidos y organizaciones con sede en la Isla: Partido Comunista de Cuba, Partido Aprista de Cuba, Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), Partido Agrario Nacional, Organización «Joven Cuba» e Izquierda Revolucionaria. Esta diversidad atañe tanto a la ideología como a la estrategia revolucionaria.

Este exilio, que formalmente se extiende entre marzo de 1935 y julio de 1936, se produjo bajo el signo de la derrota de un levantamiento popular, y con el convencimiento de que el factor determinante, de hecho, había sido la desorganización interna de las fuerzas dirigentes. Por ello, su actividad prioritaria se orienta hacia la reorganización de las fuerzas de izquierda en un organismo único, cohesionado, capaz de llevar a cabo la insurrección popular armada en favor de la toma del poder político.

También generó asociaciones propias. La primera, la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista, fundada en Nueva York en julio de 1935, continuadora de la ideología del Ala Izquierda Estudiantil, que perduró hasta julio de 1936, la Legión Revolucionaria de Cuba (Miami, c.1935) y el efímero Comité Revolucionario Supremo (Miami, junio, 1936), derivado del Pacto de México.²⁸

Existieron además, y se erigieron como órganos independientes, las Asambleas de Exiliados —en México, Tampa, Miami y Nueva York. Estas asambleas representaban la voluntad de la masa emigrada que reunían, independientemente de filiaciones políticas, y tenían capacidad y personalidad para convocar, tomar acuerdos, emitir documentos, etc.

Con excepción de las huelgas, las fuerzas en el exilio desarrollaron las mismas actividades políticas que las caracterizaron en Cuba: mítines, manifestaciones, actos públicos, conmemoraciones de fechas que marcaron hitos en la lucha. También intentaron utilizar los medios de difusión masiva, especialmente periódicos y revistas. Pero esta posibilidad fue escasa, y solo entre órganos liberales y de izquierda, por lo que crearon los suyos propios, como *Frente Unico* (de la ORCA), editado en Nueva York y destinado fundamentalmente a circular en Cuba.

La vida pública de este exilio, a diferencia del anterior, que se movía en medios oficiales y académicos, muestra una mayor inserción entre otros sectores hispanos y norteamericanos, de tendencias populares y de izquierda, sobre todo, en el núcleo neoyorquino, donde se creó un nuevo club, «José Martí», auspiciado por la ORCA y destinado a movilizar al populoso barrio de Harlem, donde vivían numerosos cubanos, en favor de la revolución en Cuba.

El exilio se debatió entre dos tesis sobre cómo lograr el propósito de la unidad política: la de un «partido único» de corte tradicional, electoral defendida por las organizaciones signatarias del Pacto de México, y la predominante idea de los «frentes». Hubo Frente Antimperialista, Frente Popular, Frente Unido, Frente Unico, y finalmente el Frente de Liberación Nacional, suscrito como proyecto de acuerdo por la Asamblea de Miami —al final de la etapa.

La amnistía política decretada por el gobierno de Miguel Mariano Gómez, entre mayo y diciembre de 1936, que amparó también a los exiliados, condujo al fin del segundo exilio político de la etapa republicana.

Un nuevo proceso de reajuste hegemónico de los Estados Unidos dio paso a una etapa de «democratización» centrada en la reorganización de los partidos políticos nacionales como fase preparatoria de la Asamblea Constituyente de 1940. En esta nueva dinámica político-social se insertaron los exiliados que regresaban.

En materia de exilio habrá un receso, hasta que en la década de los años 50 reaparece el fenómeno, asociado a un nuevo golpe de Estado militar que, en 1952, intenta cerrar el paso a un nuevo movimiento popular en gestación.

Exilio, emigración y revolución social en Cuba (1952-1958)

A raíz del nuevo golpe de Estado, los miembros del depuesto Partido Revolucionario Cubano (A) en el poder desde 1944 —veteranos, en algunos casos, de exilios anteriores—, abandonan nuevamente el país y reeditan, junto a otros sectores de oposición —entre ellos el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), fundado en 1947—, las tácticas de pactos, alianzas, manifiestos y proyectos de quiméricas insurrecciones. Suscriben el denominado Pacto Insurreccional de Montreal, en junio de 1953, pero en la práctica deponen sus armas con el regreso a Cuba de sus dirigentes, en 1954 y 1955.

No obstante, aparece un nuevo grupo de cubanos exiliados que retoma Ciudad México como sede: el Movimiento 26 de Julio (M-26-7), que se estructura fundamentalmente a partir de la reunión progresiva de los excarcelados (1955) asaltantes al cuartel Moncada (1953), otros que lograron huir de Cuba después de los sucesos, algunos revolucionarios latinoamericanos residentes en México y un grupo de emigrados cubanos en esa ciudad.

En el panorama nacional de Cuba, este Movimiento constituía entonces una fuerza nueva, sin compromiso con la política tradicional. Sus exiliados se dedicarían a organizar la lucha insurreccional en la Isla, conforme a un proyecto revolucionario que combinaba estrategias tradicionales empleadas por la oposición en Cuba desde el siglo XIX, con una nueva concepción de lo popular.

Su proyecto preveía la acción sincronizada de tres frentes de lucha: el exterior, la lucha clandestina en las ciudades y la guerrillera en las montañas. Entre mediados de 1955 y noviembre de 1956, en su

fase inicial, desarrolló la concientización y organización de la emigración cubana en los Estados Unidos, concebida como parte del pueblo cubano,²⁹ en favor de una lucha independiente de filiaciones políticas.³⁰ el adiestramiento personal guerrillero y el avituallamiento y transportación del primer núcleo insurreccional a Cuba.

Entre octubre y diciembre de 1955, al calor de encuentros de los emigrados en los Estados Unidos con los máximos dirigentes del Movimiento 26 de Julio³¹ en Palm Garden, Nueva York, y en el Teatro Flagler, en Miami, entre otros, se constituyeron los primeros clubes patrióticos del Movimiento, en ciudades de fuerte concentración de cubanos, como Nueva York, Filadelfia, Bridgeport, Union City, Miami, Tampa y Cayo Hueso.

El Club de Nueva York, en particular, funcionó como Frente, al afiliar a otras organizaciones de exiliados ya establecidas en esa ciudad, como el Comité Ortodoxo, Acción Cívica Cubana y el Comité Obrero de Exiliados y Emigrados Cubanos. En Miami coexistió con la Resistencia Cívica. A esto habría que añadir las acciones de los exiliados del Directorio Estudiantil Universitario 13 de Marzo.

Esta primera articulación entre exilio y emigración en el siglo XX, que rememora la experiencia del siglo XIX, permitió la expedición del yate Granma, que zarpa de costas mexicanas el 2 de diciembre de 1956.

Durante 1957 y hasta mediados de 1958, establecido el foco guerrillero en la Sierra y crecientes su consolidación y apoyo popular, se crearon clubes patrióticos en otras ciudades norteamericanas, como Chicago, Washington, San Francisco, Los Angeles, Boston, y también en Puerto Rico.

Los exiliados que arribaban a los Estados Unidos fueron generalmente portadores de encomiendas específicas del Movimiento, o aquellos que, descubiertas sus actividades clandestinas en las ciudades, y por ello en peligro de muerte, habían huido de Cuba y, por lo general, hacían un breve tránsito de espera para trasladarse a la Sierra Maestra.

Los exiliados se dedicaron a recaudar fondos, entre afiliados y simpatizantes en el exterior, como vía de financiamiento del Movimiento, la propaganda y la captación de miembros, las manifestaciones de protesta, y actividades de apoyo y socorro a las víctimas de la guerra en Cuba. En los Estados Unidos se publicaron los periódicos: *Unidad Revolucionaria*, *Patria*, *Batalla*, *Cuba Libre*. Desde 1957, también aparecieron *Sierra Maestra*, órgano oficial del Movimiento 26 de Julio, y *Verdad*.

Con el propósito de mantener la sincronización entre los tres frentes de la lucha insurreccional, desde 1958 se constituyó un denominado Comité del Exilio, con sede en Nueva York. Tenía por objetivo centralizar el trabajo de los ya numerosos y dispersos clubes en este país —13 de un total de 23 que integraban el Frente exterior— que acometían diversas modalidades de aseguramiento a la insurrección en Cuba.

Aunque el Movimiento 26 de Julio se convirtió en la fuerza opositora de mayor arraigo popular en la Isla —así como fuera de ella—, el exilio mostraba su habitual heterogeneidad, sobre todo en la Florida.³²

Con el triunfo revolucionario de 1959, a diferencia de etapas anteriores, regresó a Cuba una masa heterogénea de cubanos exiliados y gran número de emigrantes, con la particularidad de que en su casi totalidad eran miembros o simpatizantes del M-26-7.

Esta condición favoreció que la reinserción de estos grupos en la dinámica social de entonces se produjera de manera fluida, correspondientemente con las transformaciones y reivindicaciones populares contenidas en el programa político que venían apoyando.

El ciclo, no obstante, no se cierra. Sobre los restos de aquella emigración que permanecía en los Estados Unidos, se superpondrán, desde el mismo 1959, otras oleadas —también heterogéneas y cíclicas entre sí— de exiliados y emigrados que compartirán, en un inicio, las cada vez más diversas comunidades ya establecidas.

Notas

1. Las migraciones italianas, reportadas desde 1870, vinculadas a la industria tabacalera en zonas de la Florida, han sido objeto de estudio por autores descendientes de esta propia comunidad desde las primeras décadas del presente siglo. Más recientemente el controvertido texto de G. Mormino y G. E. Pozzetta, *The Immigrant World of Ybor City. Italians and Their Latin Neighbors in Tampa, 1885-1985* (Urbana, 1987), aborda la presencia de italianos y cubanos en esa ciudad.
2. La condición de inmigrante refleja el acomodo de sujetos y comunidades a las estructuras socioeconómicas y políticas de la sociedad receptora; la de minoría étnica, además, evidencia el proceso de modificación de sus patrones culturales.
3. Véase Lisandro Pérez, «Cubans in the United States: The Paradoxes of Exile Culture», *Culturefront*, v. 2, n. 1, Nueva York, invierno de 1993, pp. 12-6; Louis A. Pérez, Jr., «History, Historiography and Cuban Studies: Thirty Years Later», en Damián J. Fernández, *Cuban Studies since the Revolution*, University of Florida Press, 1992, pp. 53-77; «So Near and Yet so Foreign: Cuba and the United States, 1860-1960», *Culturefront*, v. 2, n. 1, Nueva York, invierno de 1993; y Gerald E. Poyo y Mariano Díaz-Miranda, «Cubans in the United States», en Nicolás Kanellos & Claudio Esteva-Fabregat, eds., *Handbook of Hispanic Cultures in the United States*, Arte Público Press, Nueva York, 1989.
4. Gerald E. Poyo, «Cuban Communities in the United States: Towards an Overview of the 19th. Century Experience», en Miren Uriarte-Gastón y Jorge Cañas Martínez, *Cubans in the United States*, mayo de 1984, Center for the Studies of the Cuban Community, p. 47.
5. Graciela Chailloux Laffita, «Las relaciones cubano-norteamericanas: ¿conflicto o diferendo?», *Separata de la Revista de la Universidad de Alcalá*, n. 12, 1995, pp. 204-7.
6. Todos los estimados demográficos corresponden al historiador Gerald E. Poyo, ob. cit.; «A Story of Cuban Immigration to the United States», ponencia en el Taller Internacional sobre migración cubana, Centro de Estudios de Alternativas Políticas (CEAP), Universidad de La Habana, enero de 1995; y Gerald E. Poyo, «The Cuban Exile Tradition in the United States: Patterns of Political Development in the Nineteenth and Twentieth Centuries», en *Cuba, cultura e identidad nacional*, Ediciones Unión, La Habana, 1995. También, de Gerald E. Poyo y Mariano Díaz-Miranda, ob. cit.
7. Gerald E. Poyo, «Cuban Communities in the United States...», ob. cit., p. 58.
8. Un ejemplo —quizás excepcional, pero no por eso menos revelador—, es el de Eladio Paula (n. 1912, Tampa) con residencia actual en Ciudad de La Habana; conocido entre sus amigos de Cuba como «el americano»; entre los que lo conocieron en Filadelfia (década del 30) como «el bombero», por su destreza con explosivos; y entre los de Miami (década del 50), como co-propietario del conocido restaurante cubano Paula, convertido en centro de reunión de dirigentes del Movimiento 26 de Julio en esa ciudad. Hijo de una familia de origen obrero —madre tampeña y padre cubano, lector de tabaquería—, llegó a ser representante de la Liga Juvenil Comunista de Estados Unidos en el Club Cubano «Julio A. Mella» de Nueva York (1930); figuró junto a sus hermanos mayores José Manuel y Aurelio, ambos del Partido Comunista de los Estados Unidos, entre los fundadores de la delegación de la ORCA (Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista) en Filadelfia (1935); y luego todos combatientes en la Guerra Civil Española (1936-39). Entrevista con Eladio Paula, La Habana, 1996 y acta de fundación de la Sección de ORCA en Filadelfia, 8 de agosto de 1935.
9. Un estudio en profundidad, que abarque todo el proceso del exilio cubano histórico, debería tomar en cuenta tres planos. El primero es el de sus relaciones con el contexto sociopolítico cubano; el segundo, el de su inserción dentro de la dinámica política norteamericana, y el tercero, su interacción con la

comunidad cubana emigrada en ese país. En este artículo se apunta básicamente al primero de estos planos.

10. Véase Juan Marinello Vidaurreta, «El caso de Cuba», *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, 18 de enero, 12 y 26 de abril de 1930; «La fatalidad económica», *El País*, La Habana, 20 de junio de 1931, pp. 1 y 8; y «Democracia vs. Revolución», *Política*, La Habana, enero de 1932, pp. VIII-X.

11. Fue miembro del Comité Antimperialista Universitario (1924) y fundador, en La Habana, de la Sección Cubana de la Liga Antimperialista de las Américas, y del primer Partido Comunista cubano, en 1925.

12. Se celebraron Consejos Disciplinarios universitarios el 1º y el 8 de diciembre de 1927, y en abril de 1928. En total fueron expulsados unos 60 estudiantes, entre ellos algunos con destacada ejecutoria posterior en el exilio, en México y los Estados Unidos, como José Chelala Aguilera, Gabriel Barceló Gomila, Aureliano Sánchez Arango, Reinaldo Jordán Martín, Rogelio Teurbe-Tolón, Eduardo Chibás, Manuel Cotoño Valdés, Porfirio Pendás Guerra, Manuel E. Guillot Benítez y Armando Agramonte. Véase Ladislao González Carvajal, *El Ala Izquierda Estudiantil y su época*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, pp. 231-9; 280-1; y Lionel Soto, *La Revolución del 33*, t. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, pp. 419-55.

13. La ANERC tuvo a Mella como Secretario General, y como director del periódico a Manuel Cotoño; su administrador fue Rogelio Teurbe-Tolón. Todos eran estudiantes expulsados de la Universidad.

14. El 12 de septiembre de 1899 aparece en La Habana un Manifiesto firmado por una Asociación Nacional de Emigrados Revolucionarios Cubanos, cuyos fines eran «consolidar la independencia, continuar los nobles propósitos de amar a la Patria, mantener unidos en cuerpo a los emigrados que se sacrificaron por la independencia, y darse protección mutua». La iniciativa provenía de los ex emigrados doctor César S. Ventosa, Vicente Villalonga, José González, Ricardo Jaques, Mariano Brito y Francisco Valdés Acosta, entre otros. Su primer presidente fue el doctor Isidro Creci; vicepresidente, doctor César S. Ventosa; Secretario, José Grave de Peralta, y Tesorero, Carlos Miyares. Después de un breve receso, se reanudó el 11 de marzo de 1909, y resultó electo presidente, José Dolores Poyo. Véase Gerardo Castellanos, *Motivos de Cayo Hueso*, Ucar García, La Habana, 1935, pp. 331-2.

15. De esta época (1927) data el primer estudio sectorial (marxista) de la economía cubana, «Cuba: factoría yanqui», elaborado por el dirigente comunista Rubén Martínez Villena, en Cuba, y presentado como denuncia de la Universidad Popular «José Martí» por Julio A. Mella, ante el Congreso Internacional contra el Imperialismo y la Oposición Colonial, celebrado en Bruselas ese mismo año.

16. En abril de 1930, concluida la huelga general contra Machado, Rubén Martínez Villena sale de Cuba vía Cayo Hueso-Tampa, hacia Nueva York, donde se instala de manera clandestina hasta septiembre, cuando embarca con rumbo a Moscú. A su regreso a Cuba —marzo de 1933—, llega nuevamente a Nueva York, donde esta vez ofrece conferencias, entre ellas la dictada en el Salón de la Liga Antimperialista de los Estados Unidos: «El problema de Cuba». Reside en el West Side de Manhattan, ofrece charlas, asiste a asambleas y colabora en varios diarios de la ciudad. En *Mundo Obrero* publica, entre otros, su último y documentado trabajo de fondo, «Las contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento obrero». Finalmente, en mayo de 1933 parte rumbo a Cuba. En la despedida de su duelo, el 18 de enero de 1934, hizo uso de la palabra James W. Ford, en representación de la Internacional Sindical Roja y del Partido Comunista, ambos de los Estados Unidos.

17. La Liga Patriótica Cubana (f. 1931) estuvo integrada, entre otros, por el general Domingo Méndez Capote (Presidente), Fernando Ortiz y Conrado W. Massaguer.

18. En el Directorio Estudiantil Universitario (DEU) permanecieron, entre otros, Justo Carrillo y Reinaldo Jordán (este último también encausado en el proceso disciplinario de 1927, quien posteriormente se afilia a Joven Cuba en 1934). En el Ala Izquierda Estudiantil ingresaron, entre otros, Aureliano Sánchez Arango, Gabriel Barceló, José Chelala Aguilera (encausados en el proceso disciplinario de 1927), Porfirio Pendás, Manuel Guillot (encausados en el proceso disciplinario de 1928), Raúl Roa, Carlos Martínez, Leonardo Fernández Sánchez y Pablo de la Torriente Brau, posteriormente fundadores unos, y vinculados otros, a la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista. Véase Hortensia Pichardo, *Documentos para la Historia de Cuba*, t. 3, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, pp. 484-93.

19. Según Raúl Roa, un grupo de estudiantes exiliados en Nueva York en 1932, se le acercó a Rómulo Gallegos —según él, «entonces hombre de una sola posición en la vida; espejo de dignidad intelectual»— que vivía desterrado en esta ciudad, y le solicitó su concurso para reunir fondos con destino a una expedición armada a Cuba. «Días después —narra Roa—, Rómulo Gallegos pronunciaba, bajo los auspicios de la improvisada Federación de Estudiantes Latinoamericanos, una conferencia que tituló “Tierras de Dios”, magistral capítulo de una novela por hacer. La concurrencia sobrepasó todos los cálculos y semanas más tarde zarpaba, sigilosamente, rumbo a Cuba un puñado de valientes con un alijo de armas...». Véase Raúl Roa, *Retorno a la alborada*, t. 2, Universidad Central de Las Villas, La Habana, 1964, pp. 100-1.

20. Conrado W. Massaguer, carta del 30 de junio de 1933.

21. Fernando Ortiz, carta del 28 de abril de 1933.

22. *Ibidem*, carta del 26 de abril de 1933.

23. En los epistolarios de Antonio Guiteras y Pablo de la Torriente aparecen referencias a este asunto. Además, en César Andreu, ed., *Memoirs of Bernardo Vega*, Monthly Review Press, 2ª ed., Nueva York, 1984, este líder de la comunidad boricua neoyorquina, se refiere a la existencia —hacia la primavera de 1931— de un grupo conspirativo clandestino denominado «Legión de la Flor Roja», e integrado por siete personas —de Puerto Rico, República Dominicana, México y Cuba, entre los que menciona a Olivín Zaldívar, viuda de Julio A. Mella—, que se proponía derrocar a Machado. Los historiadores cubanos, por su parte, confirman el origen de varios levantamientos en Cuba, entre 1931-1933, en los cubanos asentados en los Estados Unidos.

24. Con fecha 17 de junio de 1933, los delegados del DEU ante la Junta Revolucionaria Cubana, Guillermo Barrientos y Luis Barreras presentan una moción que «de acuerdo con el sentir unánime de sus compañeros de Cuba y del exilio», pedía que la Junta rechazara la «mediación americana» por entender que con ella «se ofendía la dignidad nacional, se hace claudicación de los principios revolucionarios y se imprime legalidad al régimen tiránico de Machado». Esta moción fue respaldada por el resto de los miembros del DEU en Miami, entre ellos Carlos Prío Socarrás, Juan Antonio Rubio Padilla, y Roberto Lago Pereda. (Véase *Patria*, Miami, 24 de junio de 1933).

25. Véase Pablo de la Torriente Brau, *Los títeres de Ferrara*, Izquierda Revolucionaria, La Habana, 1935.

26. Depuestos del poder, Ramón Grau San Martín y Antonio Guiteras fundan, en el transcurso de 1934, sendas organizaciones de oposición; el primero, el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), y el segundo, la organización Joven Cuba. Grau inicia conversaciones con organizaciones de izquierda, programáticamente antimperialistas, y de línea insurreccional. Guiteras, por su parte, echa a andar un plan expedicionario en el extranjero que, al desembarcar en Cuba, fuera el detonante de una insurrección armada popular y antimperialista. Véase Olga Cabrera, comp., *Antonio Guiteras. Su pensamiento revolucionario*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, pp. 211-37.)

27. Niurka Pérez, *El movimiento estudiantil universitario de 1934 a 1940*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, p. 109.
28. Intento de acuerdo suscrito sobre una supuesta plataforma de «unión de las izquierdas cubanas» (Ciudad México, abril de 1936), entre el Partido Revolucionario Cubano (A) y una Joven Cuba «reorganizada», después de la muerte de Guiteras, destinado a trabajar entre el exilio en Miami.
29. Véase *Manifiesto No. 2 del Movimiento 26 de Julio al pueblo de Cuba*, Isla de Nassau, 10 de diciembre de 1955. Firmado por Fidel Castro, en nombre de la Dirección Nacional del MR-26-Julio, en *La Revolución cubana. Selección de lecturas* (primera parte), Ministerio de Educación Superior, La Habana, 1983, pp. 327-35.
30. Guillermo Alonso y Enrique Vignier, *Juan Manuel Márquez. Documentos de combate*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, pp. 156-60.
31. Fidel Castro y Juan Manuel Márquez.
32. Guillermo Alonso y Enrique Vignier, ob. cit., pp. 162-5.